

Descolonización del imaginario pedagógico. Intersubjetividad, exclusión y representaciones sociales. Prólogo

Carlos Alberto Navarro Fuentes, México

betoballack@yahoo.com.mx

Para el filósofo griego-francés Cornelius Castoriadis la imaginación es la creación humana indeterminada, en consecuencia algo en constante cambio y movimiento. De esta manera, ubicar la reflexión sobre la posibilidad del cambio social implica aludir a la oportunidad de realizar en el fluir de la realidad cotidiana una suerte de discontinuidades radicales que no resulta sencillo describir o explicar, en virtud a determinismos o cronologías, con precisión algorítmica, como si se tratase de una dialéctica de acontecimientos en sucesión. De suscitarse, el cambio en esta vía ha de surgir a través del imaginario mismo, valga señalar, del imaginario social correspondiente a una sociedad o comunidad determinada a través de sus referentes lingüísticos, simbólicos, psicológicos, religiosos, morales, entre otros.

No es impreciso afirmar que de alguna manera Castoriadis viene a revolucionar la forma de reflexionar e intelectualizar acostumbrada en la filosofía occidental. Su interés por desocultar al ser histórico-social en los años de la década de 1970 lo llevan a cuestionar corrientes filosóficas como el estructuralismo, el marxismo, el fisicalismo, el funcionalismo y el marxismo

mismo de Marx y de Althusser, entre otras, incluyendo la idea teórico-práctica de revolución. La reflexión fundamental sobre la que descansa su radical crítica sobre lo histórico-social gira en torno a lo instituido o lo que mantiene unida a una sociedad, por un lado, y lo que puede alterar de manera latente o potencial la temporalidad espacial que contiene a dicha sociedad histórico-social, es decir, aquello que podría instituirse sin estar instituido aún, por otro.

La explicación de lo que considera como histórico-social lo divide en dos grandes dimensiones: una, que obedece a cierta lógica heredada y dominante o hegemónica que él denomina identitario-conjuntista; y otra, a la que refiere como el propio imaginario social, que hemos mencionado. La primera lleva un tiempo funcionando como instituyente a lo largo del tiempo, de manera positiva y a través de diversas determinaciones de muy distintos alcances y magnitudes, con todas las implicaciones que esto conlleva en los diversos ámbitos de la vida humana.

La segunda, que hemos llamado, parafraseando a Castoriadis, imaginario social, hace referencia a lo indeterminado, distinto a

lo imposible y más bien referido a lo posible, a lo latente, es decir, a aquello que podría pasar a formar parte de algo que instituye en el terreno mismo de lo que existe como instituido, determinado, hegemónico (identitario-conjuntista). En este sentido, al tratarse de lo indeterminado y por ello incierto, puede asumirse también como lo que en parte subsiste ya como una manera de existencia “suave” o “semi-visible” en la conciencia (inconsciente), en la psique simbólica, en la imaginación. “La experiencia de lo real presupone el ejercicio simultáneo de dos funciones correlativas: la función imaginaria y la función simbólica” (Leclaire, 1958:383). Por su parte, lo imaginario puede describirse:

Como una configuración espacial peculiar, cuyos cuerpos abarcan primariamente relaciones de adentro/afuera entre sí, lo que es entonces recorrido y reorganizado por esa rivalidad primordial y sustitución transivista de las imagos, esa indiferenciación de narcisismo y agresividad primarias, de las que derivan nuestras concepciones posteriores de lo bueno y de lo malo (Jameson, 1995:23).

El orden simbólico implica ya una cierta enajenación del sujeto, pero sin la formación de éste no podría corregirse el desequilibrio existente que sirve como transición de lo imaginario a lo simbólico, pues adquirir el segundo es precondition para el dominio del primero. Formarse símbolos es condición necesaria para la evolución del sujeto y, por tanto, para la intersubjetividad. Por ello, lo simbólico y lo imaginario son relevantes, pues sin ello ¿qué experiencia de lo real podríamos tener?. Es importante recordar que lo imaginario precede la naturaleza de lo simbólico como etapa en el desarrollo de la psique.

En esta dirección, la sociedad se concibe

como una red de entretejimientos o magma – como lo refiere Castoriadis- en su mayor parte indescifrables, indeterminados, en donde existen determinaciones reales y aparentes que en conjunto han venido funcionando como conjunto de lo posible y sus finitas posibilidades acordes con una cierta idea de identidad, significados, representaciones, significantes, discursos, interpretaciones y sentidos afines a esta misma determinación social. Así que todo ejercicio de imaginación posible que pudiese darse dentro de la determinación, aflora ya como descifrado, determinado, sin que sea necesario ni productivo imaginar referentes, sentidos y significados distintos que pudiesen darle a la sociedad un existir distinto dentro de lo hegemónicamente practicable socialmente, pues es a partir de aquí donde todos aprenderemos o concebiremos la realidad.

Para Charles Taylor, otro estudioso del tema, un imaginario social “no es un conjunto de ideas; es más bien lo que hace posibles las prácticas de una sociedad, al darles un sentido” (Taylor, 2006:13). Por lo anterior, lo que es del imaginario o lo que hay en éste permite que el sujeto se forme símbolos y a su vez pueda deslizar y desplazar, sustituir y encadenar nuevos o ya existentes significados de un objeto a otro, sirviendo así el imaginario como contraste para definir lo simbólico. Es pertinente no perder de vista a lo largo del trabajo que “los símbolos no son reemplazantes de sus objetos, sino vehículos para la representación de objetos. Representarse una cosa o una situación no es lo mismo que ‘reaccionar frente a ella’ visiblemente o percatarse de su presencia. Cuando hablamos sobre cosas, poseemos representaciones de ellas, pero no las cosas mismas” (Lorenzer, 2001:49-50).

El proyecto de autonomía es para Castoriadis aquello sobre lo que puede hacerse evidente el mayor potencial creativo y emancipador del ser humano, tanto en un

sentido individual como comunitario en la esfera socio-histórica, es decir, en el imaginario social desde el cual la democracia puede surgir. Es a partir de sus estudios sobre el psicoanálisis que el filósofo liga pedagogía y política, buscando trabajar sobre la creatividad y la imaginación la emergencia y la posibilidad de la autonomía de los seres humanos que conforman y hacen posible –o imposible- la sociedad.

El principio o principios sobre los que se asienta la sociedad bajo el o los imaginarios social y radical distinto, será uno en el que cada uno de nosotros se halle en una posición equidistante del centro, manteniendo una relación con el todo, pasando de un orden jerárquico de vínculos personalizados a un orden equitativo, imparcial, más democrático e impersonal, esto es, pasando de un horizonte construido verticalmente y pleno de jerarquías a uno más equitativo y abierto, en el cual la ciudadanía pueda participar de manera directa en las decisiones políticas, sociales, económicas, etc., que le atañen y le afectan.

Las instituciones no se crean solas, sino que son resultado de acciones humanas. Se crean para tratar de atender ciertos problemas y facilitar ciertos procedimientos o tareas en el campo social; por lo tanto, son producto y productoras de acciones sociales que han de suponerse racionales. De la misma manera, el imaginario, como ya hemos establecido, parte de asumir las cualidades racionales del ejercicio de imaginar y crear propias del ser humano, las cuales no son sin la estructura simbólica que el ser humano posee como parte de su estructura psíquica en general, que le permite representar, significar, dar sentido, articular, simbolizar, entre otras cosas, su mundo y su realidad, como actualidad histórica y como posibilidad de transformación en el tejido histórico-social en el que habita. A propósito, Castoriadis manifiesta que “esa institución de la sociedad funciona como un todo coherente por la existencia de un

magma de significaciones imaginarias sociales” (Castoriadis, 1983, 1988).

Es importante subrayar el hecho de que así como la sociedad no se crea sola, sea que por esto confiemos en la posibilidad de que un individuo o conjunto de individuos se agrupen voluntariamente, sino por una comunidad que los trasciende a ambos –de alguna manera- imponiéndoseles a través de símbolos, sentidos, significaciones, lenguaje, valores, lazos sociales articulados, entre otras cosas. Es por tanto del imaginario social que los miembros de una sociedad instituyente y que posibilita la función de instituir, de donde los seres humanos abrevan.

La ontología de lo histórico-social correspondiente al imaginario de lo histórico-social opera y apuntala su crítica principalmente, en contra del principio de determinación. Esto es así debido a que consideramos que la realidad social humana siempre está en cambio, en transformación, a veces más radicalmente que en otras dependiendo de las circunstancias específicas de dicha sociedad e imaginario.

La determinación que las filosofías históricamente han querido imponerle al estudio de las sociedades se han basado en las lógicas tradicionales de tipo aristotélico, positivista, kantiano, entre otras; sin embargo, la lógica de Castoriadis, basada en el imaginario social, abre la posibilidad para pensar la identidad como un conjunto de ideas acordes con una noción que podríamos denominar representaciones sociales¹ (Jodelet, 2008:42 y Foucault 2001)

¹ Por representaciones sociales entenderemos “la vinculación entre subjetividad y representación en el plano de la producción de conocimientos y de significados; de efectos sobre los contenidos representacionales imputables a las formas de subjetivación ligadas a los marcos sociales e históricos; o del papel de las representaciones en la constitución de las subjetividades y de su afirmación identitaria. Lo anterior, porque las maneras en que los sujetos ven, piensan, conocen, sienten e interpretan su mundo de vida, su ser en el mundo, desempeñan un papel indiscutible en la orientación y reorientación de las prácticas. Tratándose de su génesis y de sus funciones, las representaciones sociales pueden ser referidas a tres esferas de pertenencia: la de la subjetividad, la de la intersubjetividad y la de la trans-subjetividad.

Toda representación es la representación de un objeto y de un sujeto. Si bien es cierto que se debe tomar siempre en consideración

plurales y diversas, siempre en movimiento y cambio, nunca predeterminadas ni fijadas en el tiempo y en el espacio, claramente determinadas por elementos racionales, por lo que se revela un cambio en el estatus de la relación entre individuo y sociedad, entre individuo y comunidad, y la infinidad de mundos posibles que la componen, a favor de la autonomía no sólo individual, otorgándole también frescura y un nuevo sentido a esta última y a sus creaciones.

el tipo de objeto referido en el estudio de una representación social [...] los sujetos deben ser concebidos no como individuos aislados, sino como actores sociales activos, concernidos por los diferentes aspectos de la vida cotidiana que se desarrolla en un contexto social de interacción y de inscripción. La noción de inscripción subsume dos tipos de procesos cuya importancia es variable según la naturaleza de los objetos y de los contextos considerados. Por un lado, la participación en una red de interacciones con los otros, a través de la comunicación social. Por otro lado, la pertenencia social definida en múltiples escalas: la del lugar en la estructura social y la de la posición en las relaciones sociales; la de la inserción en los grupos sociales y culturales que definen la identidad; la del contexto de vida donde se desarrollan las interacciones sociales; y la del espacio social y público. La noción de subjetividad nos lleva a considerar los procesos que operan a nivel de los mismos individuos. Por más que nuestras indagaciones apuntan a detectar los elementos representacionales compartidos, sería reductor eliminar de nuestro examen lo que corresponde a los procesos por los cuales el sujeto se apropia de y construye tales representaciones. Estos procesos pueden ser de naturaleza cognitiva y emocional, y depender de una experiencia en el mundo de vida" (Jodelet, 1989). Remiten, igualmente, a estados de sujetamiento o de resistencia [...]. La participación en el mundo y en la intersubjetividad pasa por el cuerpo: no existe pensamiento desencarnado flotando en el aire. Esto nos lleva a considerar en la reflexión sobre las representaciones sociales factores identitarios y emocionales junto con las tomas de posición ligadas al lugar social (Doise, 1990), y las connotaciones que van a caracterizar, en función de la pertenencia social, la estructura de las representaciones (Abric, 1994).

El tomar en cuenta el nivel subjetivo permite comprender una función importante de las representaciones. Su estudio permite acceder a los significados que los sujetos individuales o colectivos atribuyen a un objeto localizado en su entorno social y material, y examinar cómo tales significados están articulados a su sensibilidad, sus intereses, sus deseos y sus emociones, así como también al funcionamiento cognitivo. La esfera de la intersubjetividad remite a situaciones que, en un contexto determinado, contribuyen a establecer representaciones elaboradas en la interacción entre sujetos, especialmente las elaboraciones negociadas y producidas en común a través de la comunicación verbal directa. Son numerosos los casos que ilustran el papel del intercambio dialógico del que resultan la transmisión de información, la construcción del saber, la expresión de acuerdos o de divergencias a propósito de objetos de interés común, la interpretación de temas pertinentes para la vida de los participantes en la interacción, y la posibilidad de creación de significados o de resignificaciones consensuales. La trans-subjetividad, se compone de elementos que atraviesan tanto el nivel subjetivo como el intersubjetivo. Su escala abarca tanto a los individuos y los grupos, como a los contextos de interacción, las producciones discursivas y los intercambios verbales. En la formación de las representaciones sociales, la esfera de la trans-subjetividad se sitúa en relación con la de la intersubjetividad y con la de subjetividad, y remite a todo lo que es común para los miembros de un mismo colectivo. Según las pertenencias sociales, los compromisos ideológicos, los sistemas de valores referenciales, etc., un mismo acontecimiento puede movilizar representaciones trans-subjetivas diferentes que lo sitúan en horizontes variables. De aquí derivan por parte de los sujetos, interpretaciones que pueden ser objeto de debate y desembocar en situaciones de consenso o de disenso (Jodelet, 2008).

Es la manera en la cual una sociedad instituye, se instituye a sí misma, o lo que es posible -en un momento dado- instituir en la esfera histórico-social en la cual se constituye, a través de saberes, mentalidades, discursos, prácticas intersubjetivas (sean reproductoras o de-sujetadoras), entre otras cosas, lo que al filósofo le interesa aportarnos en los estudios y reflexiones respecto a la manera en la cual concibe a las sociedades de su época, que en gran parte o al menos en más de una manera nos atañe al ser también la nuestra, al ser seres creadores de instituciones y seres funcionales a los modos en los cuales nos organizamos en torno a éstas.

Lo anterior significa que no necesariamente la sociedad o lo histórico-social han de comprenderse desde una lógica conjuntista e identitaria. Por esta razón Castoriadis, ofreciéndonos la idea de magma para el estudio de ésta, nos da la posibilidad de la diversidad y de lo plural para comprender sus estados organizativos y sus movimientos, sus formas de existencia y de intersubjetividad subyacentes como instituidas y que no obstante no pueden agruparse en conjuntos bien y claramente definidos, ni su parte social, imaginaria, simbólica, discursiva, entre otras (Castoriadis, 1975:34). De igual modo, es imposible separar lo histórico de lo social, pues ambos son posibilidad y existencia tanto del uno como del otro. Afirma Castoriadis que "hay un uso inmediato de lo simbólico, en el que el sujeto puede dejarse dominar por éste, pero hay también un uso lúcido o reflexionado de él" (Castoriadis, 1983:217).

De aquí se desprende la accidentalidad inmanente a la humanidad en las relaciones entre sus miembros, su entorno, los próximos y los lejanos, los diferentes y los que se encuentran al otro lado del monitor de la pantalla o de la cámara, también habitando el espacio cibernético. Esta imperfecta comunicación en

parte conforma identidades e identificaciones, ruidos y discursividades diversas que resultan en formas intersubjetivas de interrelacionarse en el campo de lo histórico-social, lo cual se construye precisamente a partir de la imaginación y la creatividad, de imaginar y crear, del proceso de imaginar.

Es importante considerar que el concepto de Castoriadis de imaginario social en muchas ocasiones suele utilizarse como sinónimo de conciencia colectiva o mentalidad, entre otros, para referirse a las representaciones sociales que las sociedades en particular se hacen. No obstante, como apuntábamos al principio de este prólogo, la forma que propone el filósofo para estudiar lo histórico-social viene a ser una novedad intelectual y conceptual para acercarse al estudio de la teoría social e histórica y los fenómenos que a ésta acaecen.

Para Castoriadis la simbiosis de lo histórico-social es ante todo una amalgama de fenómenos de sentido que apelan a éste, y que de alguna manera siempre han estado allí, en el imaginario social, y sin embargo, su tenue o fantasmagórica presencia parece no haber sido revelada aún como parte real y cotidiana de lo que se instituye en el espacio social. Es decir, que lo que podría estar allí ya lo está aunque no sea con una presencia fuerte y visible para todos, pues es parte constitutiva del imaginario, a partir de lo cual es posible instituir de diversas maneras y con variados o plurales resultados. Un imaginario en consecuencia no puede ser reducido simplemente a mera ideología o visión del mundo. No obstante, la(s) ideología(s) habita, funciona, se reproduce, actúa y se aprende en el imaginario bajo el cual existe.

El imaginario social se apresta, así, a servir como una entidad característica de las sociedades humanas que la tipifica como una "arena" o espacialidad ontológico-antropológica, pero sobre todo ético-política, en la que imaginarios dan lugar a magmas, contenidos

y fluyentes de un magma mayor y revolvente de imaginarios que a su vez conforman el imaginario social con infinitos significados y sentidos, dando lugar a instituciones que instituyen, e instituyendo orientan, dirigen, determinan pero nunca absolutamente ni permanentemente de la misma manera o del mismo modo a todo miembro de la sociedad; de allí la posibilidad de la subjetividad cambiante, de la identidad imposible de fijar en definitiva, de la contrahegemonía despertada desde la autonomía y el ámbito de lo intercultural y trans-subjetivo.

Esto es posible porque la espacialidad ético-política como imaginario social posee una historia, que es básicamente social y cultural latente, que se revuelve, se reescribe y reinterpreta, adquiriendo así sentidos y significaciones diversos de lo pasado-actual y de lo a imaginar como posible-cambiante, e incluso, de lo radicalmente posible y distinto en la arena de las instituciones instituyentes instituidas. Por lo tanto, este imaginario social regula y orienta las acciones y las relaciones intersubjetivas que establecen los miembros de la sociedad en la que determinados miembros hacen su vida, influyendo de muy diversas maneras en su forma de pensar, en las elecciones que realiza, en las preferencias que asume en función de deseos y sentimientos, propias de las representaciones sociales que comporta en su vitalidad cotidiana. Pero también de sus sueños y operaciones mentales, emociones y factores cognitivos que acontecen en el inconsciente, que lo hacen ser, ser-que-imagina.

Este imaginar del ser humano sucede en un espacio histórico-social de determinaciones instituidas que conforman "lo instituido", como leyes, cosmovisiones, prácticas hegemónicas, ideologías, filosofías y teorías educativas, representaciones, modos de significar y de habitar el espacio, de relacionarse con los demás y con el entorno, pero también con la posibilidad de instituir prácticas, signos, discursos, entre

otras cosas que le abran las puertas a ciertas articulaciones sociales que coadyuvasen mediante la práctica de la imaginación y la creatividad a operar sobre lo que yace instituido, transformándolo y transformándose a sí mismo.

¿De qué otra manera podría la sociedad entretenerse y funcionar como un complejo aparentemente unitario? Esto es posible precisamente a través de las redes o magmas de significaciones imaginarias sociales articuladas interinstitucionalmente en el plano simbólico, de donde es posible instituir, alterar, transformar, actuar y participar, no necesariamente de acuerdo a las costumbres e inercias sociales tendientes a reproducir el *status quo*, de modo que representaciones y ordenamientos sociales distintas pudiesen emerger a la superficie social asumiendo una cierta posición en el magma histórico-social del imaginario social.

Además de la idea de imaginario social Castoriadis aporta al pensamiento crítico social la idea de imaginario radical, de donde se desprende una concepción del imaginario como potencia creadora en ese magma que comprende lo histórico-social al interior de una sociedad que no funciona de manera aislada a otras influencias y movimientos culturales, así como a fenómenos mundiales y expansivos, como serían el capitalismo, la globalización económico-financiera y cultural, las políticas económicas de corte neoliberal y la lógica transnacional empresarial, sólo por mencionar algunos ejemplos claros por su presencia y magnitud actual. Bajo la idea de este imaginario radical, se asoma la posibilidad de un imaginario de dimensiones transformadoras, activas, participativas, psicopedagógicas y podríamos decir revolucionarias, de acuerdo con las acciones que pudiesen realizar los seres humanos referentes a dicho imaginario radical en esa sociedad en la que habitan.

Prosiguiendo con el concepto de imaginario radical es preciso aclarar que no

se trata de una consigna o una bandera de convocación revolucionaria en términos político-sociales, sino de búsqueda más que de la libertad, de la autonomía y de la emancipación. En función de esto el imaginario es un concepto teórico y por momentos abstracto, a partir del cual estamos en posibilidades de proponer, a partir de este, algunas teorizaciones y reflexiones que pudiesen tener implicaciones de carácter práctico dentro del mismo imaginario y la sociedad correspondiente a este último. Lo anterior significa que no necesariamente habremos de considerarlo tan sólo una noción teórica, metodológica y apolítica. Por el contrario, esto visto desde la perspectiva autonómica convoca a la creatividad y el trabajo de elaboración creativa y práctica de desocultamiento o descubrimiento en el imaginario.

La capacidad creativa de quienes componen o constituyen la sociedad presupone de manera inmanente un imaginario radical con habilidades articularias para poder instituir cambios, contraposiciones, determinaciones y prácticas contrahegemónicas dirigidas al poder instituyente de lo instituido que funciona hegemónicamente. Lo anterior, sin que esto suponga un cierre a lo social ni en términos individuales ni comunitarios, sino como parte de un proceso dialéctico iterado y nunca el mismo que da lugar a una cierta nueva *praxis*. Castoriadis llama *praxis* a “ese hacer en el cual el otro u otros son considerados autónomos y a su vez gestores del desarrollo de su propia autonomía” (Castoriadis, 1983:129). Esto será importante tomar en cuenta cuando exploremos más adelante el concepto con Gramsci.